

Nada. Me despierto y no me acuerdo de nada.

Es una mañana común de invierno. Hace frío, las ventanas están empañadas. Desde mi cama puedo observar las pequeñas gotas de agua que se condensan poco a poco y que se deslizan simulando una carrera. Me recuerda cuando era pequeña y disfrutaba haciendo apuestas sobre cuál llegaría primero al marco de la ventana, pero siempre surgía algún imprevisto y nunca ganaba.

Después de pensar un rato y de plantearme si merece la pena levantarme o no, decido ponerme en marcha. Me duele la cabeza, pero eso no impide que busque mis zapatillas de conejito que dejo junto a mi cama todas las noches. Me dirijo dando tumbos hacia el baño. Ha sido una noche larga. Me miro al espejo y me doy cuenta de que sigo con la ropa del día anterior y que no me había desmaquillado. Qué raro.

Intento recordar qué pasó anoche para entender la situación, pero soy incapaz. Tengo vagos recuerdos: recuerdo que mi amiga vino a recogerme para ir a la fiesta de nuestro amigo Fran. Tras media hora en su coche y diez canciones de nuestro grupo favorito, llegamos al lugar indicado. Me acuerdo de llegar a la casa, una mansión de tres pisos con un antejardín inmenso. Junto a la puerta habían dos esculturas de leones hechas con algún mineral exótico, jamás había visto un color igual. Eran de un tono ocre con pequeñas trazas blancas, muy curioso. Recuerdo el interior de la casa. Una lámpara de araña colgaba en el recibidor, tenía cristales con forma de corazón, ¿serían Pandora? ¿Swarovski? Definitivamente muy lujoso para mi gusto. El salón era tres veces el mío y, además, estaba abarrotado de gente. Habían botellas y botellas de alcohol en la barra, marcas tan caras que necesitaría mi sueldo de tres meses para pagarlo todo. Justo al lado se encontraba la mesa de la comida, esta era algo más asequible aunque sin perder el toque lujoso. Los aperitivos estaban puestos en fuentes de cristal con unos grabados maravillosos. No tenían nada que ver con mi bol azul de plástico donde hago las palomitas.

Mi amigo Fran procede de una familia con mucho dinero, su padre es el director ejecutivo de una multinacional muy importante en el ámbito comercial; y su madre

no se queda atrás, trabaja en el bufete más importante de todo el país. Creo que esa mujer gana en un año lo que yo tendría si ahorrara mi sueldo durante cinco.

A pesar de ello, Fran es un chico sencillo, no le gusta fardar de lo que tiene. Es encantador, siempre dispuesto a ayudar a la gente. Lo conozco desde los cinco años, es un hermano para mí.

Bueno, ¿por dónde iba?

Ah, sí. La fiesta. Llegamos bastante pronto, pero la música se podía ir desde la mitad de la calle. Habían colocado un mix de Black Eyed Peas, ¡qué buen gusto! Normalmente la gente de mi edad ya no escucha buena música, solo intentos de canciones que tienen todas la misma base. Es una pena que se haya perdido el buen gusto musical.

Tengo en mi memoria episodios de haber bailado con mucha gente; pero a partir de las dos de la mañana, no me acuerdo de nada. Es muy extraño.

En fin, tras este intento fallido de recordar cómo llegué a casa y por qué estoy así, me doy una ducha con agua fría para desperezarme. Acto seguido, me pongo ropa cómoda y bajo a desayunar.

Al salir de mi cuarto noto una sensación extraña, es como si sintiese que algo no va bien. Lo dejo pasar y continúo por el pasillo. Qué raro, miro las fotos que hay colgadas en la pared y me fijo que dos de ellas están cambiadas de sitio. Esas fotos llevan sin tocarse desde hace siglos y es muy extraño que ya no estén en su sitio habitual, pero supongo que el viento las habrá tirado y mamá las volvió a colgar sin fijarse. Últimamente está muy distraída con los problemas que está teniendo en el trabajo.

Procedo a continuar con mi ida a la cocina, pero no sin antes saludar a mi madre. Me acerco a su cuarto y me encuentro con la cama hecha y ningún rastro de ella.

—Habrá salido a correr. —me digo convencida de que no ocurre nada fuera de lo normal—. Seguro que ahora vuelve.

Bajo por las escaleras y noto algo extraño en la esquina de la pared. Es una especie de bolita negra fija del tamaño de una lenteja.

–Seguro que es un bicho. Hay muchos por la zona. –me digo sin darle mayor importancia y me voy.

Llego a la cocina y todo está limpio. Parece ser que mamá se ha levantado con ánimo. Llevo sin ver la cocina limpia desde que mis padres se separaron. Tras la partida de mi padre, mi madre perdió las ganas de todo. Come poco, sale poco, no se preocupa por su aspecto y una infinidad de cosas más. Llevan distanciados casi dos años, pero sigue siendo difícil para ella. En cambio, mi padre es todo lo contrario. Se marchó casi sin despedirse, consiguió un trabajo en una ciudad a una hora de aquí y se marchó sin mirar atrás. No hemos vuelto a hablar desde entonces.

Desayuno mi bol de cereales de todos los días con un zumo de naranja. Enciendo la televisión y me dispongo a ver mi programa favorito: Bailando con las estrellas. Esta semana habían nominado a mi concursante favorito y no había podido ver qué pasó con él ya que debía estudiar para un examen de filosofía. Tras un rato de estar pegada a la televisión, esa sensación extraña con la que me levanté vuelve. Es como si no estuviera en mi casa aun sabiendo que estoy exactamente en ella.

Me empiezo a preocupar. Primero, me despierto con la ropa de anoche y sin desmaquillar; luego, el episodio de las fotos en el pasillo y el hecho de que mi madre no esté en casa; acto seguido, el bicho raro de la pared y, por último, la cocina completamente ordenada.

–Esto no puede seguir así. –me digo seriamente–. Tengo que investigar.

Cuando me fijo detenidamente, puedo apreciar que hay más bichos como el de la pared. Están por todas partes.

–¿Qué son en realidad? –pregunto asustada.

Debo admitir que siempre que estoy sola, mantengo conversaciones conmigo misma; y ahora que estoy asustada, más todavía.

Agarro una silla del salón y la coloco estratégicamente cerca de los supuestos bichos. Me subo en ella y procedo a agarrar uno. Sorprendentemente no puedo. Me doy cuenta de que es una especie de dispositivo diminuto sujeto a la pared y que es complicado de sacar; pero, ¿qué son?

—¿Cámaras? —me pregunto sin estar segura de querer conocer la respuesta—. No, no puede ser. Estoy delirando. O, ¿tal vez sí?

Es oficial, tengo miedo.

Bajo de la silla y comienzo a rebuscar como loca entre los cajones que tengo cerca para descubrir qué está pasando. Abro y abro cajones pero nada. Sin embargo, observo que algunos están vacíos.

—¿Qué? ¿Vacíos? No, no, no, no puede ser.

Mi corazón da un respingo cuando escucho que alguien llama a la puerta con firmeza. ¿Qué está ocurriendo?

Me dirijo a la puerta principal con inseguridad, no sin antes coger un bate de béisbol que tenemos para situaciones de peligro.

— ¿Quién es? —pregunto con voz temblorosa, pero no obtengo respuesta.

Me asomo por la mirilla y puedo ver a una mujer vestida completamente de negro. Lleva una falda de tubo con una camisa de encaje bastante ceñida. Aparenta tener unos cuarenta años, pero con aspecto mucho más jovial que otras de su edad. Durante un minuto dudo si abrir la puerta o no, tengo miedo.

Finalmente, la abro.

La tengo justo delante enmarcando una sonrisa demasiado perfecta y completamente siniestra. A los pocos segundos, la señora comienza a hablar.

—Buenos días sujeto 0347, la estábamos esperando.